

# UN CRUDO TESTIMONIO DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA ESCLAVITUD EN CUBA

Cuba fue el último país en el que pervivió el régimen de esclavitud afroamericano. Hasta 1870 no comenzó en la hermosa isla del Caribe un proceso de abolición gradual de la esclavitud, años después de que ésta hubiera desaparecido en el último de los grandes enclaves esclavistas, el sur de los Estados Unidos. Los factores que explican la tardía conclusión de ese lamentable capítulo de la historia cubana son fundamentalmente su dependencia colonial de España hasta fines del siglo XIX y el gran ascenso de la producción azucarera en dicho siglo. En las antiguas colonias españolas en América la emancipación de los esclavos se alcanzó a partir de la independencia. En general en la América española se dio una esclavitud periférica, una esclavitud vinculada predominantemente a un sistema señorial y no a un sistema de producción capitalista. La esclavitud de los africanos en las plantaciones de las colonias iberoamericanas significó una extensión del sistema económico, fundamentalmente señorial, de la metrópoli. Observa Genovese que "fuera de las plantaciones y las minas, a los propietarios de esclavos les interesaba principalmente poseer artesanos y sobre todo criados, por razones obvias de prestigio y posición social. Las guerras de independencia y consiguiente liberación de la sociedad liberaron a los esclavos pero sin crear caos social, porque la clase dirigente no quedó por eso destruida. Todo lo que sucedió fue la conversión de una forma de trabajo dependiente en otras formas". En cambio, en Jamaica y otras posesiones inglesas, holandesas, francesas y danesas en el Caribe, la esclavitud atendió a los esquemas de una política colonial mercantilista. Allí se establecieron unas sociedades esclavistas —es decir, dominadas por los propietarios de esclavos— basadas en un sistema de producción capitalista y en el monocultivo exportador del azúcar.

Hasta fines del siglo XVIII la agricultura cubana se mantuvo al margen del monocultivo. Predominaban los grandes ranchos ganaderos y las plantaciones de café y tabaco. La isla estaba fuera del mercado mundial, por las rígidas restricciones al comercio impuestas por la metrópoli. Habría un régimen de esclavitud relativamente benévolo, especialmente en cuanto a los esclavos urbanos —criados, artesanos— y se conocía un sistema de manumisión que no tenía aplicación en otras regiones del esclavismo afroamericano. En la última parte del siglo XVIII y principios del XIX concurren una serie de circunstancias de diverso orden que generaron



## Padrón de esclavos de un ingenio azucarero en el año 1866

el progreso de la producción azucarera cubana y paralelamente la dirección del país hacia un tipo de sociedad esclavista. Entre estas circunstancias suelen citarse las siguientes: la toma de La Habana en 1762 por los ingleses que en poco tiempo introdujeron unos diez mil esclavos africanos e hicieron ver a los hacendados y agricultores las ventajas de la libertad comercial; la política borbónica dirigida a fomentar la creación de grandes plantaciones de caña de azúcar; la demanda de azúcar generada en el mercado mundial por la primera revolución industrial; el liberalismo económico acicateado por acontecimientos políticos tan importantes como las revoluciones americana y francesa; la independencia norteamericana, y la destrucción de la gran industria azucarera de Santo Domingo con motivo de la revuelta de esclavos que se produjo en la parte francesa de dicha isla. De esta forma, Cuba comenzó en el siglo XIX un desarrollo de las plantaciones e ingenios de azúcar que la situó a la cabeza de la producción azucarera. Se organizó la producción en gran escala, para lo que se necesitaban innovaciones tecnológicas, grandes inversiones y fuerte incremento de la fuerza de trabajo africana. La burguesía local tuvo que acudir a la alianza con inversores extranjeros. Se levantaron grandes centrales azucareras. Y en las plantaciones se desarrolló un brutal régimen esclavista. Incluso cuando la trata de esclavos africanos a América había práctica y legalmente desaparecido en los demás países, los negreros y propietarios de esclavos

en Cuba continuaron aquel criminal procedimiento. Este último extremo lo podemos comprobar mediante un padrón de esclavos de un ingenio azucarero cubano confeccionado en el año 1866, cuyo manuscrito original hemos podido consultar.

Este padrón corresponde a una fase de gran progreso del monocultivo del azúcar cubano y al momento que marcó la culminación de la sociedad esclavista de Cuba en el siglo XIX y los inicios —los años anteriores a la llamada *guerra de los diez años* y a la ley de emancipación gradual— de su conclusión. Fue elaborado el 13 de mayo de 1866 cumpliendo una orden del Gobierno español y ofrece un recuento de los esclavos de uno de los ingenios de la jurisdicción de Colón, partido Macuriges, cuartón Claudio.

El número de esclavos de todas las edades, incluyendo los niños, que vivían en este ingenio era de 320, de los cuales 190 eran varones y 130 eran hembras. Por edades y sexos se distribuían en la forma siguiente:

a) Varones: menores de 1 año, dos; de 1 a 15 años, cuarenta y dos; de 16 a 40, cien; de 41 a 60, treinta y siete; de 61 a 80, ocho; más de 80 años, uno.

b) Hembras: menores de 1 año, seis; de 1 a 15 años, cuarenta y dos; de 16 a 40, sesenta y siete; de 41 a 60, quince.

Los esclavos *adultos* —contando a partir de los nueve o diez años de edad— aparecen clasificados con sus nombres —todos del santoral cristiano—, país de origen, edad, estatura, color, oficios y señales particulares.



Inocua representación de un esclavo negro en la Cuba del siglo XVIII

Por lo que se refiere a su origen, entre 128 varones adultos contabilizados 43 eran de nación *congo* (procedentes de este país), 22 criollos (nacidos en Cuba), 20 *lucumí* (apelativo generalizado en Cuba para los procedentes de Nigeria y golfo de Guinea), 20 *macuá*, 8 *carabali* (originarios de la costa de Calabar, Biafra), 7 *miua*, 6 *gangá* y 2

*mandinga* (originarios del Sudán occidental).

Una de las secciones más espeluznantes del padrón es la que anota las señas particulares de los esclavos. Allí aparecen reseñadas las marcas (letras, figuras geométricas, etc.) que se aplicaban con hierro candente en pecho, espalda y brazos de esclavos y esclavas.

Todavía en esos años de mitad del siglo XIX los negreros estigmatizaban cruelmente a los infelices africanos que conseguían capturar. Los siguientes ejemplos extraídos del padrón manifiestan sin ambages el tratamiento que sufrían los esclavos en las plantaciones cubanas de esa época:

Adolfo, congo, de 17 años: un 8 en la tetilla derecha.

Andrés, macuá, de 15 años: un cuadrado con una cruz en el brazo izquierdo y un triángulo en la paleta derecha.

Baltasar, congo, de 19 años: un triángulo estriado en la tetilla derecha.

Damián, macuá, de 28 años: un triángulo en la tetilla izquierda y otro en el brazo izquierdo.

Feliciano, miua, de 28 años: una N sobre la tetilla derecha.

Juan, macuá, de 13 años: AAF en la tetilla derecha y AFF en la izquierda.

Luis, congo, de 31 años: un 4 en la paleta izquierda.

Luis, macuá, de 15 años: una O en la barriga y un cuadrado con cruz en el brazo izquierdo.

Manuel, lucumí, de 26 años: M en la tetilla derecha.

Ricardo, miua, de 31 años: varias marcas en la cara, frente y pecho.

Salomé (varón), macuá, de 13 años: AA en ambas tetillas.

Silvestre, congo, de 23 años: un 8 en la tetilla derecha.

Amalia, macuá, de 15 años: una X en la paleta izquierda.

Caridad, macuá, de 41 años: un cuadrado con una cruz en el brazo izquierdo.

Clara, lucumí, de 28 años: una M sobre la mamilla derecha.

Elvira, macuá, de 15 años: una O sobre la mamilla derecha y una A sobre la izquierda.

Eusebia, macuá, de 12 años: O en ambos brazos.

Felicia, congo, de 26 años: un 8 sobre la mamilla derecha.

Felipa, macuá, de 15 años: un triángulo en la paleta derecha.

Francisca, macuá, de 15 años: ARB en la mamilla derecha y A en la izquierda.

Isabel, macuá, de 14 años: O sobre la mamilla derecha.

Jacoba, macuá, de 23 años: N sobre la mamilla derecha.

Josefa, macuá, de 25 años: CAS en el brazo derecho, G en la mamilla derecha, triángulo en la paleta derecha y cuadrado con cruz en el brazo izquierdo.

Juana, macuá, de 35 años: M en la paleta izquierda.

Juana, macuá, de 13 años: JB sobre la mamilla derecha.

María del Rosario, macuá, 31 años: triángulo en la paleta derecha y CAP sobre la mamilla izquierda.

Mariana, lucumí, de 18 años: M sobre la mamilla derecha.

Merced, macuá, de 15 años: O sobre la paleta derecha.

Petra Tecla, lucumí, de 28 años: M sobre la mamilla derecha.

Regina, macuá, de 19 años: FM en la mamilla derecha y FMS en la izquierda.

Vicenta, macuá, de 52 años: M sobre la paleta izquierda.

Victoria, lucumí, de 29 años: M sobre la mamilla derecha.

Victoria, macuá, de 21 años: FS en la paleta derecha.

Junto a las marcas se reseñan toda clase de cicatrices, señales decorativas de los países de origen y también mutilaciones y evidencias de enfermedades como la viruela. Por ejemplo, un esclavo llamado Desigerio, de nación carabalí y 41 años de edad, había sufrido la pérdida de un ojo y de parte de una oreja en una refriega con los mayores y sus perros: un capataz le dio un machetazo en el lado derecho de la cara haciéndole perder el ojo de ese lado, mientras que uno de los perros le llevó parte de la oreja izquierda. Este indómito negro consiguió escaparse en varias ocasiones al monte y vivir como cimarrón, aunque posteriormente, sintiéndose enfermo, se sometió a la ley del amo.

La vida esclava en las plantaciones y los ingenios era dura y difícil, terrible. Se ha afirmado que durante la época del corte de caña y la molienda —es decir, más de seis meses al año— la jornada de trabajo en algunos ingenios duraba veinte horas seguidas. Los amos consideraban que cuatro horas de sueño eran suficientes para un esclavo. Hombres que habían pasado diez horas cor-

## El ascenso de la producción azucarera generó la sociedad esclavista cubana del siglo XIX

tando y alzando caña al sol eran obligados después a trabajar durante varias horas en la casa de calderas. Esteban Montejo, un esclavo centenario que fue cimarrón, recuerda así la vida en los ingenios:

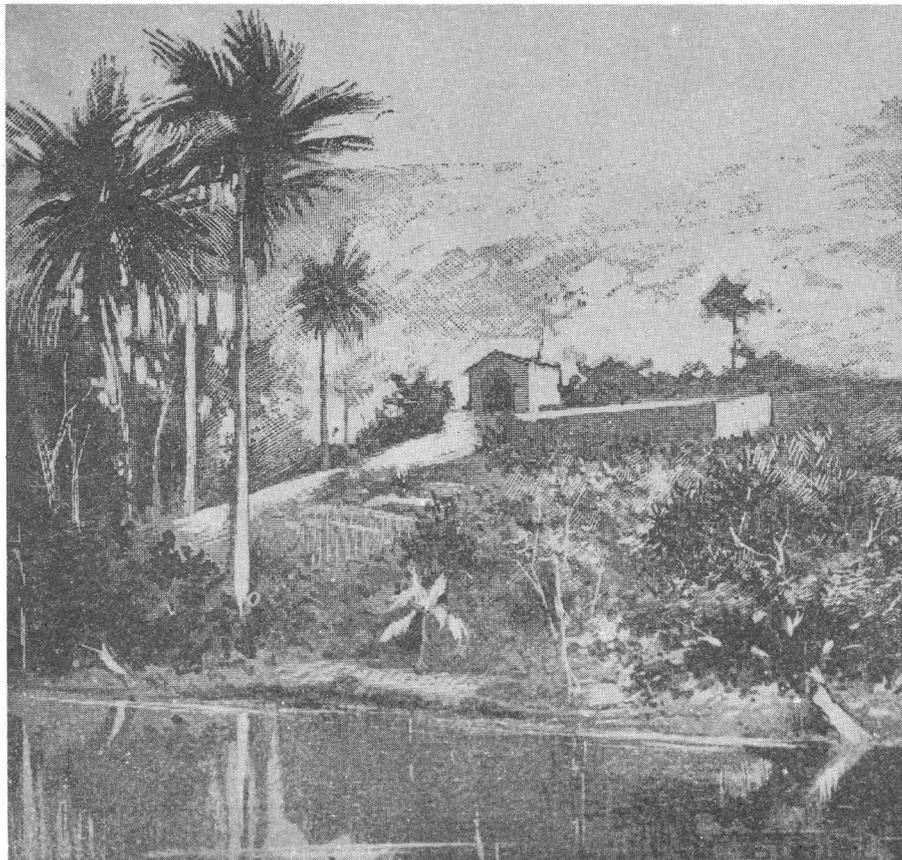
*“Todos los esclavos vivían en barracones. Ya esas viviendas no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las vi y no pensé nunca bien de ellas. Los amos sí decían que los barracones eran tacitas de oro. A los esclavos no les gustaba vivir en esas condiciones, porque la cerradera les asfixiaba. Los barracones eran grandes, aunque había algunos ingenios que los tenían más chiquitos; eso era de acuerdo a la cantidad de esclavos de una dotación. En el Flor de Sagua vivían como doscientos esclavos de todos los colores. Ese era en forma de hileras: dos hileras que se miraban frente a frente, con un portón en el medio de una de ellas y un cerrojo grueso que truncaba a los esclavos por la noche. Había barracones de madera y de mampostería, con techos de tejas. Los dos con el piso de tierra y sucios como carajo.*

*“El contramayoral dormía adentro del barracón y vigilaba. En el batey ha-*

*bía un sereno blanco, español él, que también vigilaba. Cuando pasaba algún tiempo y la esquifación, que era la ropa de los esclavos, se gastaba, le daba a los hombres una nueva a base de tela rusia; una tela gruesa y buena para el campo, tambor, que eran pantalones con bolsillos grandes y parados, lonilla y un gorro de lana para el frío. Los zapatos eran, por lo general, de vaqueta, corte bajo, con dos rejitas para amarrarlos. Los viejos usaban chacualas, que eran de suela chata con cordel amarrado al dedo gordo. Eso siempre ha sido moda africana, aunque ahora se las ponen las blancas y les llaman chancletas o pantuflas. Las mujeres recibían camisón, sayu, sayuela y, cuando tenían conuco, ellas mismas se compraban sayuelas de las blancas, que eran más lindas y paradas. Se ponían argollas de oro en las orejas y dormilonas.*

*“Pero eso de los conucos fue lo que salvó a muchos esclavos. Lo que les dio verdadera alimentación. Casi todos los esclavos tenían sus conucos. Estos conucos eran pequeños trozos de tierra para sembrar. Quedaban muy cerca de los barracones; casi detrás de ellos. Ahí se cosechaba de todo: boniato, calabaza, quimbombó, maíz, gandul, frijol caballero, que es como las habas, lima, yuca y maní. También criaban sus cochiniticos. Y algunos de estos productos se los vendían a los guajiros que venían directamente del pueblo. La verdad es que los negros eran honrados. Como no sabían mucho todavía, les salía eso de ser honrados, al natural. Vendían sus cosas muy baratas.*

*“Yo vi muchos horrores de castigos en la esclavitud. Por eso es que no me gustaba esa vida. En las casas de caldera estaba el cepo, que era el más cruel. Había cepos acostados y de pie. Se hacían tablones anchos con agujeros, por donde obligaban al esclavo a meter los pies, las manos y la cabeza. Así los tenían trancados dos y tres meses por cualquier maldad sin importancia. A las mujeres preñadas les daban cuero igual, pero acostadas boca abajo con un hoyo en la tierra para cuidarles la barriga ¡Les daban una mano de cueros! Ahora, se cuidaban de no estropearle el niño, porque ellos los querían a tutiplén. El más corriente de los castigos era el azote. Se los daba el mismo mayoral con un cuero de vaca que marcaba la piel. El látigo también lo hacían de cáñamo de cualquier rama del monte. Picaba como diablo y arrancaba la*



## UN CRUDO TESTIMONIO DE LOS ULTIMOS TIEMPOS DE LA ESCLAVITUD EN CUBA

*piel en tiritas. Yo vide muchos negros guapetones con las espaldas rojas. Después les pasaban por las llagas compresas de hojas de tabaco con orina y sal.*

*“La vida era dura y los cuerpos se gastaban. El que no se fuera joven para el monte, de cimarrón, tenía que esclavizarse. Era preferible estar solo, regado, que en el corral ese con todo el asco y la pudrición. Total, la vida era solitaria de todas maneras, porque las mujeres escaseaban bastante”.*

Esteban Montejo había nacido en la esclavitud en el año 1860 (hijo de una esclava negra originaria de una colonia francesa y del amo de ella) y sólo conoció, en su infancia y adolescencia, los últimos tiempos de la esclavitud. Sus recuerdos —recopilados por el etnólogo y escritor cubano Miguel Barnet, que los escuchó de los labios de Montejo cuando éste contaba 105 años— se mezclan con los de la etapa que siguió a la abolición y las vicisitudes de la larga marcha cubana de la independencia. Esa última apreciación suya que aquí hemos citado en relación con la falta de mujeres parece que era general en los ingenios. Moreno Friginals, citado por Barnet, afirma que los azucareros importaban exclusivamente hombres y que eran poquísimas las haciendas que tenían negras: “Dentro de la lógica económica del hacendado de principios del siglo XIX no tenía sentido comprar negras, ya que eran consideradas semovientes de bajo rendimiento. Llevadas en grandes cantidades a los ingenios, resultaba ruinoso porque el producto no respondía a la inversión. Llevadas en pequeños grupos, eran focos de continuos conflictos entre los negros. Algunos hacendados trataron de ofrecer una excusa religiosa por este desequilibrio y afirmaron que no llevaban negras para evitar el pecado de contacto sexual entre personas no casadas”. Sin embargo, nuestro padrón manifiesta una realidad distinta de la de tal observación general. En este centro azucarero de la región de Matanzas el número de esclavos y de esclavas adultos era bastante equilibrado, aunque los hombres eran más. Es posible que en esa fase creciente de la industria azucarera se acudiera a toda la fuerza de trabajo utilizable, incluyendo mujeres criollas y esclavas africanas de tráfico directo.

Tal cómputo nos lleva hacia otras observaciones de importancia para el conocimiento de este último periodo de la esclavitud afrocubana:

a) De acuerdo con la apreciación de que la trata de esclavos se prolongó en Cuba hasta la década de 1860 — 70, el padrón denota la presencia de un notable porcentaje de jóvenes esclavos nacidos en África que, por su edad, tenían



Guajiro cubano del siglo XIX

que haber sido objeto de tráfico reciente. Concretamente, entre los clasificados como adultos, aparecen diecinueve negros y doce negras de edades comprendidas entre los 9 y los 17 años, casi todos de nación macuá.

b) No sólo eran africanos de primera generación los esclavos de este ingenio. Había también una elevada proporción de criollos (37 mujeres y 22 hombres, en total un 25.4 por ciento). Ello contradice la afirmación de algún autor (Herbert S. Klein) de que los negros de las plantaciones, duramente tratados, eran en su mayoría africanos recientemente importados, mientras que los negros criollos estaban en posición más segura, fuera del trabajo azucarero. Al respecto sí hay que señalar que el

número de mulatos criollos en el ingenio era muy reducido: dos mulatos y cinco mulatas.

Los infelices esclavos que sobrevivieron en aquel ingenio hasta la década siguiente llegarían a alcanzar la liberación. Alguno moría justamente cuando se elaboraba este padrón: una joven de quince años llamada María Antonia, negra macuá de ojos grandes, que se fue a la tumba con las marcas en hierro candente que le habían aplicado sus verdugos. Con su recuerdo queremos consignar aquí nuestro rechazo contra la brutal e ignominiosa esclavitud que sufrieron tantos y tantos seres humanos y contra cualquier forma de esclavitud y de restricción de la libertad.

La emancipación de los esclavos

cubanos fue en buena parte paralela a la guerra por la independencia del país. Al iniciarse la guerra de los diez años (1868 — 1878), encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, éste ordenó que todos los esclavos fueran liberados. Igualmente el dirigente negro Antonio Maceo liberó a todos los esclavos que pudo. En 1870 el Gobierno español, presionado por Washington, dispuso la abolición gradual. La tímida ley Moret de dicho año— era ministro de Ultramar Segismundo Moret y subsecretario Fernando de León y Castillo— abrió el camino a una emancipación progresiva, para la cual se tenían en cuenta la edad y otras circunstancias de los esclavos. Hubo plantadores que comenzaron a introducir trabajo libre inmediatamente, mientras que otros se negaron a la emancipación. El proceso fue confuso y difícil. Cuba, con la otra colonia española: Puerto Rico, fue el último país en conocer la abolición de la esclavitud



Aspecto del puerto de La Habana en el siglo XIX: por aquí entraron muchos africanos víctimas de la trata de esclavos

afroamericana bastantes años después de que ésta se produjera en las islas danesas (1792), inglesas (1834) y francesas (1848) del Caribe y en los Estados Unidos (1861 — 65).

En 1870, al promulgarse la ley *preparatoria* de la abolición, existían en la isla de Cuba casi trescientos mil esclavos negros, de los que algo más de la quinta parte eran mujeres. La mayor parte eran *bozales* o esclavos *de nación*, es decir esclavos nacidos en África e introducidos en Cuba en el segundo tercio del siglo XIX. Para la historia quedaba una frase definitiva escrita por Juan Francisco Manzano, otro esclavo de la Cuba del siglo XIX: "El esclavo es un ser muerto".

Alfredo Herrera Piqué

Podemos decir que se ha cerrado un íntimo capítulo de la pequeña historia local de la vieja ciudad de Las Palmas. Y un capítulo marcado de la crónica y la tertulia, del saber vivir familiares plazuelas, recónditas calles, perdidos *café*, apacibles comprensiones y decantadas sonrisas. La desaparición de Federico Sarmiento, el decano de los cronistas y tertuliantes de Las Palmas, significa todo esto para la villa y para un círculo cada vez más reducido, pero siempre vivo, de sus habitantes. Periodista de nuestra antigua Prensa anterior a la guerra civil, activo tertuliente hasta sus últimos días en la plazuela de Cairasco, como antes en la de Hurtado de Mendoza y en el "Polo", amante de las artes junto a su grupo del "Neo-Tea", promotor, en fin, de cumplidos homenajes a personajes de la vida local, Federico Sarmiento ha dejado una suave estela de espontánea caballerosidad, de trato amable y acogedor, de sonrisas y afectos, como sabiéndose patriarca de un pequeño mundo de bondades y contemplaciones. Ese mundillo de bohemia que también ha dejado el escultor Perera, abandonando una vida más atormentada y de lucha con las circunstancias que su sino le había deparado. Más aislado, menos comunicativo, Perera formaba parte también de ese círculo de la vieja ciudad que él también supo



eternizar cuando esculpió la esfinge del personaje *Andrés el Ratón*. Desapariciones que van cerrando un círculo. Hace aproximadamente dos años publicábamos una caricatura de Federico Sarmiento, según la visión de Padrón Noble. Quede aquí esta representación de don Federico como un sincero recuerdo.

## Un parque para Las Palmas: El cauce del barranco de la Ballena



Aspecto parcial del barranco de la Ballena entre los confines de la Ciudad Alta y la urbanización "Parque Atlántico".

Como todas las ciudades de nuestro Archipiélago, Las Palmas de Gran Canaria es una capital es-

casa en zonas verdes, espacios libres y sectores de esparcimiento. Este pecado no tiene su origen solamente en el pri-